

cion algo exagerados quizá; pero no es posible dejar de admirar en este escritor un estilo elegante y un alma tierna y reflexiva. La santa tristeza del autor parece que se reconcentra en las siguientes frases de uno de sus escritos:

«El género humano, dice, corre rápidamente hácia el sepulcro, y todas las generaciones marchan una á una con los siglos. Nuestros padres caminaron los primeros, nosotros iremos tambien; nuestros nietos vendrán en pos de nosotros, y al modo que las olas, empujadas unas por otras, se estrellan contra las orillas del mar, así todas las edades se siguen, se empujan y terminan en la muerte.»

San Euquerio falleció siendo obispo de Lyon, por los años de 450.

Salviano.

El mas notable de los escritores que se distinguieron en Lerins fué Salviano, llamado por el vigor y la elocuencia de sus obras, el maestro de los obispos, y por la energia con que deploró los males de su época, el Jeremías del siglo V. Se estableció en Marsella el año 426, y en esta misma ciudad fué ordenado sacerdote.

A pesar de las notables diferencias que separan á San Agustin y á Salviano, este último puede decirse el verdadero continuador de la gran obra del doctor angélico. Los siete libros sobre la *Providencia* son el complemento y la consecuencia lógica de la *Ciudad de Dios*.

La obra de Salviano consta de dos partes á cual mas importantes, pero distintas entre sí: la primera, comun y filosófica; la segunda, cristiana y nueva: la una, consagrada á refutar las antiguas objeciones contra la *Providencia*, se estiende

hasta el quinto libro, con inclusion de algunas pinceladas relativas á su verdadero asunto. Desde el quinto libro Salviano se apodera y desenvuelve el lado nuevo de la cuestion; no es ya el abogado algo confuso de la *Providencia*, sino el inspirado intérprete de sus designios en el mundo; designios cuyo instrumento visible son los bárbaros. Hasta entonces los apologistas cristianos se habian limitado á demostrar que el cristianismo era extraño á las calamidades del imperio, y ni San Agustin ni Orosio habian llegado mas que al punto culminante de su defensa; pero Salviano pasa de esta al ataque. No guarda miramiento alguno con la sociedad pagana, y aplaude entusiasmado la venganza de la humanidad en la destruccion del imperio. Sus ardientes palabras destrozan el último vínculo que todavía ligaba el mundo antiguo con el mundo cristiano, y rompe para siempre tan adúltero enlace. ¿Por qué el cristianismo habia de continuar disimulando? ¿no tenia detrás de sí un defensor formidable en esos bárbaros que triunfan de los príncipes y se someten á los obispos? San Agustin respetaba todavía el mundo romano; pero Salviano lo condena con ruda franqueza; hace sus exéquias y sobre su sepulcro entona un himno en honor de los pueblos que lo vencieron y asolaron. Salviano no continúa la obra de San Agustin, sino que la pone en práctica.

¿Qué hizo San Agustin en la *Ciudad de Dios*? Ya lo hemos dicho: á la vez que pronuncia la oracion fúnebre de la sociedad pagana, anuncia el advenimiento de aquella sociedad celestial que hasta entonces habia seguido silenciosa y humilde su peregrinacion por la tierra, y á la que aun en este mundo pertenece en la actualidad el imperio de la proclamacion del futuro reinado de la Iglesia; pero esta idea que San Agustin inicia y presenta encubierta con un velo y en lejano y misterioso ho-

rizonte, Salviano la ofrece visible y triunfante. Dios, según Salviano, toma posesión del mundo; la Ciudad de Dios no es un símbolo, como en San Agustín, sino una realidad: Dios gobierna por medio de su Iglesia.

Mas no es para los paganos recién convertidos, para quienes el cristianismo podía preparar esa nueva era. Necesitaba almas más puras e inteligencias más dóciles, necesitaba nuevos pueblos; y la aparición y el triunfo de los bárbaros, puestos al servicio de la Iglesia, es el tema de las elocuentes palabras de Salviano.

Se ha criticado á este Padre la preferencia dada á los bárbaros sobre los romanos, y la falta de nacionalidad que le induce á aplaudir la caída del imperio. Gibbon se indigna, y acusa en esto al cristianismo; pero tales recriminaciones son infundadas. ¿Tenía un hijo de las Galias, un súbdito del imperio, la obligación de permanecer fiel al pueblo romano? Para decidir este particular, dice el abate Henry, basta examinar la situación de las Galias. Saqueada esta parte del imperio por empleados públicos, que se arrojaban sobre ella como sobre una presa, no había conservado derecho alguno más que el de pagar bien cara su esclavitud: lo que se libraba de las garras del fisco, lo consumía la versalidad de la justicia: la Galia no servía para otra cosa que para alimentar el cadáver del imperio: ni defenderla supieron los romanos, huyendo cobardes ante los enemigos que de ella se apoderaron. ¿Dónde se refugió el patriotismo y el valor en tan críticos momentos? Notadlo bien, solo en el alma del sacerdote cristiano. ¿Quién protesta contra aquella degradación? ¿Quién se muestra celoso por la antigua gloria del nombre romano? Salviano. ¿Por qué, pues, tan severas censuras acerca de su conducta?

«Avergonzaos, pueblos romanos, les dice; avergonzaos de vuestra vida. No hay ciudad que esté libre de infamia, á excepción de aquellas donde los bárbaros han establecido su dominio. ¡Y nos asombramos de nuestras desgracias, cuando somos tan impuros! ¡Nos asombramos de ser inferiores en valor á nuestros enemigos, cuando nos superan en virtud! Persuadámonos bien de que lo que nos ha vencido es el desorden vergonzoso de nuestras costumbres.»

La conducta de Salviano, lejos de ser censurable, es digna del mayor elogio: combate los vicios de los romanos y ensalza las virtudes de los bárbaros, llevado de un sentimiento más dulce y generoso que Tácito. El estímulo debía mover á la conversión más sincera á los que eran solo cristianos en el nombre, y avergonzar el orgullo de los que, para no abrazar la religión del Calvario, se parapetaban en su ficticia grandeza. Aquella sociedad corrompida que en los anfiteatros de Tréveris y de Colonia arrojaba á los animales entrañas humanas, último recreo de sangre en que se embriagaba el paganismo, se estremecía de espanto al oír el trote de los caballos de Atila; pero no se oponía llena de cobardía á las legiones desconocidas que una mano suprema arrojaba repentinamente sobre ella para cortar el hilo de sus días.

«El crimen ha endurecido los corazones: nadie teme el peligro ni lo adivina; ven el cautiverio que les amenaza, y no se avergüenzan: es Dios el que permite tanta indiferencia, para castigar sus pecados.... Tres veces fué destruida la más importante ciudad de las Galias; tres veces sirvió de hoguera á sus habitantes, y no es este su mayor castigo. Los que no han perecido en la inmensa hoguera que formaron sus edificios, hoy gimen cautivos, ó lloran sin cesar, ó les consume la desespera-

cion y el dolor. Yo mismo he sido testigo de tantas calamidades: he visto la tierra cubierta de cadáveres; hombres, mujeres y niños desnudos, insepultos, medio podridos y devorados por las aves y los perros. El aire infestado ha llevado el contagio á todas partes, y el que no ha sucumbido antes, ha perecido despues.

La nobleza de Tréveris, libertada de la ruina de la ciudad, hizo una mocion cerca de los emperadores en tan criticos momentos: ¿pidió al poder un alivio á sus calamidades? ¡nó! ¿pidió *espectáculos!*.... ¡Oh ceguedad! ¡Oh locura é insensatez!

¡Hay nada comparable á tamaña infamia! ¡Hay nada mas digno de lágrimas que tanta bajeza!

Confieso que vuestro infortunio me ha parecido extremo al ver la desolacion de vuestra ciudad; pero os encuentro todavia mas desgraciados desde que sé que pedis espectáculos. ¿Pedir un teatro! ¿y para quién? ¿para una ciudad reducida á cenizas, destruida enteramente, donde apenas hay piedra sobre piedra! ¿Para quién? ¿para un pueblo que gime en la esclavitud ó yace en las cadenas, y cuyos tristes despojos no son sino miserias; para un pueblo oprimido de pesar y de inquietud, ó consternado con la pérdida de sus parientes; para un pueblo, en fin, cuyo estado desastroso permite dudar si la condicion de los vivos es peor que la de los muertos!... ¿Pedis juegos públicos! ¿Y dónde pensais celebrar esos juegos? ¿Sobre las cenizas de vuestra pátria? ¿Sobre los huesos de vuestros conciudadanos? ¿En las plazas que todavia están humeando con la sangre de vuestros compatriotas! ¿Hay acaso en la ciudad un solo paraje que no sea un recuerdo de vuestras desgracias? ¿En qué sitio no se ha derramado sangre de vuestros hermanos?... ¡Todo es ruina, llanto, luto y desolacion, y no pensais sino en divertirlos, y seguís insultando á la justicia divina! ¡Ah! ya no extraño que hayais sido castigados con todos los males que habeis sufrido.

Una ciudad á la que tres incendios no han podido corregir, merece con justicia una cuarta destruccion.»

No hay menes vigor en el *Tratado contra la avaricia*: traduzcamos uno de sus trozos mas elocuentes: el momento en que el orador emplaza al avaro ante el tribunal de Dios.

«Si os pregunto ¿creéis en el juicio de Dios? me respondéis: Si creo. ¿Por qué, pues, solo en el instante en que vais á presentaros ante el Supremo Juez pensais en aplacar su cólera? Durante vuestra vida, el juicio final os merece un verdadero desprecio: decidme si no, ¿no es despreciarlo el no estimar en nada vuestra salvacion, cuando violais sus leyes? Desmentidme si falto á la verdad. Contemplad á Dios, teniendo en sus manos el fallo de vuestra eternidad, oíd sus palabras, los consejos que os dirige para que penseis en vosotros, con preferencia á todo, á la division de vuestros bienes, pues nada os toca mas de cerca, ni nada debe seros mas querido que vuestra alma. Él os repite á cada instante: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* Es decir, miserable mortal, aunque fueras tranquilo poseedor del mundo entero y dejases á tus herederos todos los tesoros de la tierra, ¿de qué te servirá esto si perece tu alma? El que pierde su alma, lo pierde todo. El hombre entero perece con ella; y, ¿qué le queda, cuando se pierde á si mismo? ¿Qué dará en cambio por el rescate de esa alma, cuando una vez la hubiese perdido?...

Dinero, bienes, todo debe ser sacrificado, á fin de que el alma no perezca, porque no tienes otra esperanza que su salvacion; y cuanto puedas dar y ofrecer, es nada, comparado con ella, que es de un precio infinitamente mayor que todos los bienes creados. Perdiéndote, lo pierdes todo, y todo lo ganas salvándote.

Tened, tened piedad de vuestras almas: *Miserere animæ*

*tuæ*. Dios mismo es quien lo solicita. ¡Oh admirable bondad de Dios! El mismo es quien nos pide que tengamos misericordia con nosotros mismos: *Miserere animæ tuæ*. Dejaos mover con el espectáculo de las miserias de un alma, sobre la que mi corazón no puede menos de enternecerse. Tened una vez piedad con esa alma, por la que yo perpétuamente siento una verdadera compasión. No negueis algún interés á esa alma que es propiedad vuestra, cuando yo, á quien no me pertenece, me intereso tanto en favor de ella: *Miserere illius tandem, cujus misereor ego semper. Miserere tu animæ saltem tuæ*. Infelices, ¿no respondeis á tan cariñosos desvelos? ¡Un Dios os ruega, y resistís! Para enriquecer á algunos herederos, os desheredais á vosotros mismos, y os condenais á una eterna indigencia, á fin de proporcionar á otros un fausto de pocos días. Desdichado moribundo, ¿para qué tantas solicitudes y desvelos? ¿Para qué atender tú mismo á la disipación de tus bienes? ¡Temes, acaso, que despues de tí no haya quien los devore! Vive tranquilo acerca de este particular, porque muy pronto serán disipados, y quiera Dios que la salud de tu alma fuese tan cierta como el abuso de tu herencia. ¡Oh infidelidad del cristiano! ¡oh perversidad del corazón del hombre! Dicen comunmente que el hombre se quiere á sí mismo mas que á nada; pero, en verdad, que es todo lo contrario. Es una especie de prodigio enteramente nuevo, que el moribundo piensa en todo menos en sí mismo, que el demonio de la avaricia y de la concupiscencia tiene libre entrada en la cabecera del que está espirando, y únicamente Dios no es oído.

.....  
Pero tenéis razón, y en ello es necesario convenir.... Un enjambre de parientes os cerca, asedia el lecho de muerte en que espirais: ¡qué imponente cortejo! Opulentas madres de familia, hombres de distinguido nacimiento, brillantes con el oro y con la seda, ¡qué medio hay de permanecer insensible! ¡Digno fruto para la eternidad el ceder sus bienes á tales suplicantes! ¡Estos son, por cierto, títulos muy legítimos para no ma-

nifestarse desapiadado con pobres tan distinguidos! ¿Cómo se ha de resistir al espectáculo de esos parientes, lujosamente ataviados, en el fausto de una opulenta fortuna, con la presencia abatida, el aire triste y un semblante donde se pinta la codicia, acechando vuestra herencia con afectada tristeza, y espianando el instante de vuestra muerte mas bien que haciendo súplicas por vuestra curación?»

Aun se lleva la ironía mas adelante.

«Al fin murió este rico avariento. Salió de este mundo, para ir á sufrir un riguroso interrogatorio á los piés del terrible é inexorable tribunal en que el alma, abandonada á una abrumadora incertidumbre, no puede esperar refugio alguno sino en el testimonio de la conciencia, en la perfección de la vida y lo que casi equivale á la inocencia, en las obras de misericordia que habrá ejercido; donde el acusado no hallará defensores sino en la abundancia de sus limosnas y en la eficacia de su penitencia; donde, en fin, la diversidad de los méritos determina el fallo del soberano bien ó del soberano mal, una inmortal corona de gloria ó una eternidad de suplicios. En este momento lo aguardaba el Juez Soberano, y vemos que los ángeles de tinieblas, instrumentos de sus venganzas, se disponen para ejercer su horroroso ministerio, y su suplicio ha comenzado para no concluir jamás....

¡Miserables mortales! ¿Para qué trabajais con tanto empeño en condenaros cuando á menos precio podiais salvaros?»

No es posible desconocer las grandes bellezas que encierran los párrafos que acabamos de trascribir: hay en ellos verdadera elocuencia, originalidad, y revelan el gran talento de su autor.

Si Salviano hubiera sabido dar mayor método á sus escritos y despojarlos de la monotonía que les distingue; si hubiese

sido menos duro en la invectiva y mas preciso en los movimientos, de seguro pudiera rivalizar con los mejores oradores.

Tambien compuso *Homilias y Sermones* para uso de los obispos, *composuit Homilias episcopis factas multas* (1), lo cual ha hecho creer á algunos que fué obispo, porque por equivocacion leyeron *episcopus factus*. Salviano nació el año 590 en Colonia ó Tréveris, de una familia distinguida de las Galias. Aunque se hallaba casado y tenia un hijo, se decidió á renunciar al mundo, verificándolo con anuencia de su consorte, distribuyendo parte de sus bienes entre los pobres y retirándose á Lerins.

#### San Leon.

Ocupa San Leon un puesto muy importante entre los Padres y Doctores de la Iglesia: nació en Roma á fines del siglo IV y desde jóven dió á conocer las relevantes prendas que le atrajeron mas tarde el respeto y la admiracion de toda la cristiandad.

Cuando San Leon fué elevado al trono Pontificio, las Iglesias de Oriente y Occidente se hallaban agitadas profundamente; los discípulos de Nestorio y los Pelagianos turbaban la paz de las conciencias, el brazo de Atila y Genserico combatian las huestes del imperio y amenazaban á Roma con un nuevo incendio.

El ascendiente, las virtudes, la energía y el talento del soberano Pontifice bastaron á contener los progresos del error y detener la ira de los valerosos caudillos al pié de los muros mismos de la ciudad.

(1) Gennadio, *lib. de viris illis tribus*.

Reunió concilios, lanzó anatemas, pronunció palabras enérgicas contra los enemigos de la fé, corrigió la disciplina, mejoró la administracion, protegió las letras y las artes, sufrió resignado grandes penalidades, y murió por fin en noviembre del año 461, despues de veinte y un años de pontificado y de haber sido valla insuperable contra las demasias de los bárbaros y contra el progreso de las heregias.

De San Leon nos quedan 86 sermones sobre las principales fiestas del año y 113 cartas que le colocan á una gran altura como escritor eclesiástico. Pasa por la mejor de las ediciones de sus obras la hecha en París el año 1700.

La elocuencia de los escritos de San Leon tiene un carácter especial que le distingue entre los demás Padres de la Iglesia. Sin tener el vigor varonil é impetuoso de San Gregorio Nacianceno, ni la pompa y magnificencia de San Juan Crisóstomo, ni la copiosa sublimidad de San Ambrosio y San Agustin, los escritos de San Leon se distinguen por una gravedad desapasionada y llena de dignidad, tal y como convenia al vicario de Jesucristo. «Reconócese en ella la religion del Rey de los Reyes, que sentada en el trono de Pedro, dicta sus oráculos por boca de su Pontífice.»

Citaremos un trozo de los *Sermones* de San Leon para que se comprenda la magestuosa armonía de su estilo, la solidez de su juicio, la estension de su talento y la grandeza de su corazon:

«Cuando los doce Apóstoles, despues de haber recibido por el Espiritu Santo el don de hablar todas las lenguas, se repartieron entre si el universo para ir á establecer en todas partes el Evangelio, San Pedro, como cabeza del colegio apostólico, fué destinado á la capital del imperio romano, á fin de que la